

La prevención de las farmacodependencias

JEAN BERGERET*

Errores o ilusiones

Desde hace tiempo se han mostrado, afortunadamente, los riesgos de incluir bajo el término general de *toxicómano* no sólo a sujetos realmente farmacodependientes, sino a personas que tan sólo, de forma pasajera, hayan utilizado productos efectivamente peligrosos.

Tal error de denominación no deja de tener consecuencias sobre las actitudes preventivas. En efecto, por un lado buscando unificar la prevención en un sentido general respecto a problemas muy diferentes, se corre el riesgo de fracasar en el marco de cada problema particular; por otro lado, el punto común que une todos estos problemas (a los que se pretende abordar a la vez) permanece bloqueado sobre *la droga* cayendo enseguida en el error fundamental de tomar el resultado, es decir, el uso de drogas por la causa inicial del problema que se pretende resolver; entrando así en el círculo vicioso habitual del que podemos preguntarnos si los adultos tienen verdaderamente intención de salir.

Un segundo nivel de error terminológico concierne al sentido dado al término *prevención*. La prevención no es cualquier cosa, y ante todo existen diversas variedades, considerablemente distintas, de prevención.

La prevención primaria se dirige a los sujetos que todavía no han sido afectados; trata precisamente de evitarlo. La prevención secundaria concierne a los sujetos ya afectados y trata de resolver esto retirándolos del campo patológico. La prevención terciaria concierne a sujetos ya afectados, posteriormente retirados de dicho campo y tiene por objeto protegerlos contra nuevas recaídas. No es posible mezclar estos niveles; no es posible interesarse sólo por uno, o incluso dos de estos aspectos.

El nivel más claro corresponde a la prevención secundaria. Interesa a todos cuantos acogen o tratan a toxicómanos, en el propio sentido del término. Esta tarea no es fácil, pero, al menos en este nivel, se sabe sobre qué se intenta actuar: retirar al sujeto de una situación de dependencia sin salida personal. Pero, sería vano dedicar una energía considerable en este nivel si los sujetos salidos de esta dependencia recaen mañana; es, pues, indispensable poner a punto una prevención terciaria eficaz que conecte enseguida con la prevención secundaria. Sería igualmente estéril dedicar un esfuerzo importante tratando a un cierto número de sujetos afectados, si nada eficaz se realiza a nivel de la prevención primaria para disminuir el número de nuevos candidatos a la acción de la prevención secundaria.

* Profesor de la Universidad de Lyon, II Director del Centro Nacional de Documentación sobre Toxicomanías (C.N.D.T.)

Dirección: C. N. D. T. Université Lyon II, Avenue de l'Université, 69500-Bron, Francia.

Recibido: 24-3-85.

Traducido del original francés por Andrés Roig-Tráver.

Cuando se habla de *prevención de las toxicomanías* parece deducirse que se trata esencialmente de los problemas concernientes a la prevención primaria. Parece, sin embargo, útil precisar bien las cosas, mientras los malentendidos abundan en el discurso acerca de las drogodependencias.

Desde que se aborda al sujeto de la prevención primaria de las toxicomanías aparecen enseguida dos proposiciones: se trata de la represión por un lado y la información por otro. Sobre estas cuestiones también conviene considerar las cosas sin escapatorias y sin rodeos.

La represión

Ningún especialista en drogodependencias cuestiona la utilidad de la represión del tráfico ilícito de sustancias tóxicas; esta represión es indispensable por numerosas razones, tanto de orden sanitario como de orden económico, en las que todos estamos de acuerdo. Incluso, si las disposiciones legislativas concernientes al uso de tóxicos se modificaran, la represión del tráfico ilícito seguiría siendo necesaria. Es necesario reconocer, por otro lado, que en Francia en particular los diferentes servicios encargados de las operaciones de represión se muestran muy competentes y muy eficaces en relación a lo que sucede en otros países, incluso europeos. Pero esta acción represiva conoce, por fuerza, límites, y sobre todo esos límites son más fácilmente alcanzados cuando ilusoriamente se espera una solución tan sólo represiva al problema de la droga, incluso aumentando la represión (es decir, la acción sobre la oferta de sustancias tóxicas) mientras no se realiza nada serio para disminuir la intensidad de la demanda, es decir, sin actuar sobre todo, sobre las causas que conducen a tantos sujetos a solicitar a los traficantes. En necesario saber que la acción represiva se encuentra dificultada en la actualidad por la reducción del número de auténticos «dealers» clásicos, en provecho de un «tráfico de hormigas» asegurado por los mismos toxicómanos que, por no disponer de elevadas sumas de dinero, buscan colocar algunas dosis entre distintos compañeros como forma de obtener gratuitamente la suya.

La información

Muchos, inquietos razonablemente ante

la amplitud alcanzada por el problema de la droga, y sintiéndose (también razonablemente) cuestionados en este problema (como nosotros) tienden a reclamar *acciones* cuyo principal interés defensivo inconsciente es evitar pensar, reflexionar previamente sobre las causas del problema.

De ese modo se preconizan *acciones*, y la primera acción propuesta se concentra en la necesidad de *informar...* Un verdadero furor de información que ha alcanzado poco a poco a todos los medios, del mismo modo que se produjo una explosión de información sexual hacia los jóvenes ante las dificultades que los padres encontraban en sus propias relaciones sexuales.

El primer peligro de la información es el de aumentar el ruido hecho alrededor de un problema, dramatizándolo en exceso a veces y no poniendo, a menudo, el acento más que en aspectos reductores y desculpabilizantes. Tal ingenuidad no está exenta de riesgos, pues inquieta inútilmente a algunos y tranquiliza a otros en exceso. No se debería rodear al problema de las drogas de una aureola de misterio, sosteniendo las ilusiones que nos corresponde denunciar. Pues, una cosa es responder a las preguntas que nos formule tal sujeto o tal grupo de sujetos (jóvenes o adultos) sobre cualquier problema práctico o afectivo realmente vivido, y otra cosa, por el contrario, es anunciar con profusión de diapositivas, films, etc... que se va a aprender todo sobre la droga, a un público que en realidad no se encuentra afectado aún, no estando, pues, en condiciones de reflexionar válidamente sobre cuestiones tan graves y serias que no deben estar en el orden de las grandes reuniones públicas.

Cuanto menos se desarrolla un discurso ruidoso, público y demasiado general sobre la droga y más se busca realizar una reflexión precisa con quienes se plantean las cuestiones y al nivel en que lo hacen, más se realiza una prevención primaria eficaz.

La violencia y el miedo

Hacedles miedo, dicen numerosos adultos a las personas encargadas por ellos de persuadir a los jóvenes de los peligros de la droga. *Hacer miedo* no constituye un argumento disuasivo en materia de droga, más ventajoso que en otros terrenos. He aquí uno de los numerosos errores educativos que bien haría en evitar cualquiera con inquietudes preventivas. Es más oportuno ofrecer

objetivos atractivos para las necesidades originales y profundas del individuo, que buscar persuadir con nociones más o menos cercanas al pecado.

Por otra parte se acusa a menudo a la *violencia* como causante de todos los males de nuestro tiempo.

La violencia es completamente natural en el ser humano y necesaria para su supervivencia, sus conquistas e incluso para sus placeres. Pues no conviene confundir la violencia natural, innata en el hombre y en todos los animales, con las manifestaciones agresivas (dirigidas hacia los otros o hacia uno mismo) que sobrevienen justamente cuando la violencia natural no se halla, al salir de la crisis de la adolescencia, positivamente integrada en el seno de finalidades amorosas y creativas, que especifican al ser humano en relación al animal. Es un fracaso en la integración de la violencia, y no la violencia en sí, lo que origina comportamientos destructivos. La violencia es en sí misma necesaria a todo impulso vital creador.

Una auténtica prevención de la toxicomanía, en tanto que conducta destructora, no puede, pues, ser ingenuamente comprendida como una represión necesaria de la violencia. Una prevención fiable de la farmacodependencia (como de cualquier forma de comportamiento destructor), pasa por una preocupación totalmente diferente, es decir, por una inquietud de ayudar a los jóvenes a proceder mejor en esta indispensable integración de la violencia natural en el seno de los fines positivos que es posible dar a una vida adulta feliz. Sentirse satisfecho con la violencia bien integrada en modos de vida satisfactorios, es simplemente «sentirse bien en la propia piel». Todos nuestros jóvenes marginados, ¿buscan realmente algo distinto? ¿Somos todos nosotros inocentes en la importancia que reviste su fracaso? Una reflexión honesta a este respecto conduciría automáticamente hacia la evidencia de soluciones preventivas más oportunas, más realistas. Pero tal reflexión necesitaría serios cuestionamientos acerca de la precariedad de nuestras propias disposiciones destinadas a integrar nuestra violencia íntima. Nos contentamos generalmente con condenar hipócritamente la violencia no integrada en los otros como si fuese la violencia la que es mala... o esas gentes, con seguridad... A partir de tal simplificación de los problemas fundamentales, el remedio preventivo llega a hacerse en apariencia fácil: represión y condena. Desgraciados los vencidos. Desgracia-

dos quienes no han sido tan astutos como nosotros.

Conclusiones

Las toxicomanías, como muchos otros problemas con una incidencia social grave, se presentan con un doble aspecto: por un lado se trata de un problema específico verdaderamente dramático bajo la forma de amenaza ejercida sobre ciertos individuos y sobre ciertos grupos, pero por otro lado no tenemos ningún interés en hacer del problema de la droga un problema aparte, aislado de las angustias fundamentales que agitan a los hombres de nuestro tiempo y a los jóvenes en particular.

Toda prevención inteligente y con pretensiones de eficacia debe, ciertamente, interesarse por las formas adoptadas por la angustia y la depresión humanas de las que las farmacodependencias nos revelan los aspectos particulares; pero es indispensable ir más lejos, y pasar al lado de esas formas individuales de dificultades afectivas para ir a reflexionar sobre realidades mucho más profundas, subyacentes y que afectan a las carencias de funcionamiento afectivo de que son víctimas tantos contemporáneos, poco importa la forma de comportamiento exterior a través del cual se expresen dichas carencias.

Las encuestas epidemiológicas más rigurosas que poseemos nos definen las dificultades psicológicas encontradas por los sujetos llamados de *alto riesgo* en el registro de las toxicomanías. Es evidente que la mayor parte de factores de riesgo encontrados representan también factores de riesgo que encontramos en sujetos que pueden evolucionar hacia otros desórdenes afectivos: suicidio, delincuencia, alcoholismo, psicopatías diversas, etc...

Dejando voluntariamente de lado los problemas específicos directamente planteados por los productos al nivel de la prevención secundaria (problemas válidamente resueltos en los centros de tratamiento) parece necesario, en materia de prevención primaria de las toxicomanías, el desmitificar la importancia dada a nivel de la opinión pública por el producto tóxico y poner en evidencia, por el contrario, las raíces profundas de enfermedad personal y social sobre la cual nacerá la toxicomanía del mismo modo que podría surgir cualquier otro desorden íntimo y relacional.

El rol del entorno de la infancia y la adolescencia resulta primordial para estudiar y modificar si se pretende realmente actuar sobre las raíces del problema. Pero no se puede modificar ningún aspecto de dicho entorno sin haber, previamente, reflexionado mucho sobre los problemas planteados en diferentes órdenes, afectivos, educativos, sociales y, con seguridad, incluso políticos. Es, pues,

cada uno de nosotros el que se ve implicado, y no solamente el toxicómano, o sus padres, sino todos quienes contribuyen en la infancia y la adolescencia a la educación de los jóvenes y todos los que tienen la pesada tarea de preparar a las jóvenes generaciones proyectos de futuro auténticamente atractivos..., y no simplemente un mínimo material indispensable para la supervivencia animal...